

El pueblo que logró la paz sin ayuda de nadie

En Tarso, Antioquia, sembrar la paz no es un eufemismo. Hace más de 10 años el pueblo encontró caminos para mantenerse lejos de la guerra.

El río Cauca arrastró los cuerpos del campesino Fabio Velásquez y su hijo, Luis Fernando, un joven de 17 años que ayudaba a su familia a trabajar en el campo. No serían los primeros, ni los últimos, que la corriente transportaría sin rumbo. Sus cuerpos, hinchados y carcomidos por peces y gallinazos, engrosaron la lista de víctimas del conflicto en Tarso, Antioquia.

Los paramilitares habían acorralado a Fabio y a sus hijos, Luis Fernando y Oliverio, en un lugar conocido como Puente Iglesias. Los tres fueron obligados a subir a un campero Nissan gris y nunca más **los vieron con vida**. De hecho, ni rastro quedó de Oliverio.

Estos tres hombres hacen parte de los 463 afectados por el conflicto que el Registro Único de Víctimas (RUV) reporta en Tarso, una cifra mínima en comparación con otros lugares del país. De acuerdo con el sistema de registro, 528 personas fueron desplazadas, 308 asesinadas; 89 amenazadas, 24 desaparecidas y 4 secuestradas. También hay datos sobre víctimas de hostigamientos, combates, atentados y pérdida de bienes que no superan las 25. (Debido a que una persona puede registrar varios hechos victimizantes, el RUV indica que esas cifras no corresponden con el total de víctimas únicas registradas).

En los municipios vecinos las cifras fueron alarmantes. Por ejemplo, en Fredonia fueron reportadas 1.360 víctimas y en Salgar, 5.843. Todas suman a los 8' 332.081 muertos y damnificados registrados en toda Colombia, donde los desplazados (7'379.975) y los asesinados (997.264) son los rubros con mayor número.

Los asesinatos, secuestros y desapariciones hicieron parte de la vida de Tarso desde finales de los años 80 y continuaron toda la década de los 90. Épocas en las que Antioquia era uno de los centros de operaciones del narcotráfico y, dicho de otras maneras, un campo abierto de batalla. El conflicto armado en la región también sumó para que este municipio del suroeste del departamento sufriera una crisis económica que lo tuvo al borde de la desaparición.

Sus habitantes, cansados de que la sangre rodara por sus callejones, cansados también de los gritos de dolor y de la zozobra, encararon como una comunidad pacífica a sus atacantes. Y así Tarso fue uno de los primeros municipios en Colombia que le apostó a una vida sin violencia, mucho tiempo antes del Acuerdo de Paz firmado en 2017 y que hoy es símbolo de esperanza, pero también de incertidumbre.

Aunque este es un referente nacional e internacional, no fue el único caso. A finales de los 90, la comunidad afrodescendiente que habita las riberas del río Cacarica, en Chocó, también decidió luchar por el restablecimiento de sus derechos y alejarse del conflicto desde hace más de 15 años.

En su caso, el detonante para actuar fue la Operación Génesis, una ofensiva militar contra el Frente 57 de las Farc, ejecutada por el Ejército y las Autodefensas Unidas de Colombia. Durante los enfrentamientos, la población estuvo desprotegida y acabó como blanco de cualquiera de los bandos. El hecho derivó en asesinatos, siendo el del campesino Marino López el más reconocido, y el desplazamiento de 3.500 personas, cifra que ascendió a más de 9.000, meses y años después de lo ocurrido.

Un año después de los acontecimientos, a inicios de 1999, la comunidad constituyó la Asociación Comunidad de Autodeterminación, Vida y Dignidad (CAVIDA). En la actualidad, esta es una de las organizaciones con mayor participación en procesos que involucren la restitución de tierras, el apoyo a víctimas y la creación de nuevos proyectos que les impidan volver a la guerra.

A la par, y lejos de la selva chocoana, Tarso sufría una de sus más graves crisis socioeconómicas. Pese a recurrir a diversas estrategias, el municipio no repuntó y, peor aún, perdió su estatus y se anexó como corregimiento a su vecino Jericó, un municipio cafetero conocido por ser el lugar de origen de la madre Laura Montoya, la primera santa del país y la responsable del crecimiento turístico del lugar.

Cuando todo parecía perdido, que no había vuelta atrás, los tarseños no claudicaron. En ese mismo año organizaron el foro 'Tarso hacia un nuevo milenio' para buscar la salida del fondo en el que estaban. Los líderes comunitarios William Zapata y Alirio Arroyave, exguerrilleros desmovilizados, y la Iglesia Católica, en conjunto



En lo posible, los habitantes de Tarso evalúan los progresos que han tenido desde la Asamblea Constituyente. Cortesía: www.fincasagroturisticas.com

con diferentes ONG'S y representantes del proyecto 'Cien municipios de paz' — un programa de Redepaz desarrollado entre 1999 y 2001 — instalaron el 28 de enero de 2001 la segunda Asamblea Municipal Constituyente a nivel nacional.

Los resultados fueron inmejorables: nacieron varios comités, cada uno encargado de un área de trabajo, y se eligieron 150 delegados que trabajaron de la mano con las entidades antes mencionados. Su organización es conocida por reflejar los beneficios de la participación ciudadana y el desarrollo del sentido de pertenencia en escenarios alejados de las urbes, testigos directos del conflicto en el país.

Desde afuera, muchos seguían con atención el curso de los acontecimientos. En su momento, el municipio encabezó los titulares al ser el segundo en implementar una asamblea constituyente, aún a sabiendas de los riesgos y las probabilidades de fracaso.

Quienes integraban los grupos de trabajo no dejaron que sus coterráneos desfallecieran ante las primeras dificultades. Al contrario, justo en esos momentos recordaban la importancia de la democracia y de tomar decisiones para salir del conflicto sin empuñar armas y no cubrir sus caminos con más sangre.

La revista Arcanos, de la Organización Ideas para la paz, documentó el proceso en una edición especial. La mayoría de los artículos destacan la participación del 60 por ciento de los ciudadanos, en su mayoría campesinos, que estaban dedicados a priorizar los temas a resolver.

Contra todos los cálculos, la iniciativa superó la crisis económica en menos de 3 años: la deuda pública de mil millones de pesos se redujo a la mitad en menos de 30 meses. Su efectividad hizo que Tarso recuperara el título como municipio y, de esa manera, su autonomía.

William Zapata, promotor de la asamblea y actual encargado de la Unidad de Víctimas del pueblo, recuerda que, sin duda, al integrar a los residentes a la asamblea constituyente les permitió equivocarse menos. Todos manifestaron sus inquietudes, quejas y propuestas en los diferentes grupos de trabajo.

Podría decirse que ese pueblo, cobijado por la Cordillera de los Andes y arropado por el cauce del río Cauca, es un lugar con suerte. Si suerte se le puede llamar a que sus pobladores hayan retornado poco a poco a sus tierras y que desapareciera de tajo la arbitraria división hecha por miembros del ELN y los paramilitares.



Para los habitantes, el regreso de la mayoría de la población es el resultado del trabajo comunitario durante más de una década. Crédito: Jorge Pulgarín Restrepo.

Jair Londoño Vanegas, representante de víctimas y uno de los líderes más respetados en la zona, no olvida la época del terror en Tarso en la que la vida dependía, literalmente, de no cruzar por las calles o las esquinas equivocadas. Era hazañoso cambiar de un barrio a otro. La única opción para no morir de un balazo era no salir de las casas o de un perímetro determinado por la presencia de los hombres armados.

Como él mismo explica — El pueblo se lo dividieron los ‘paras’ y el ELN. En una esquina se paraba uno de un bando; en la otra, otro. Si uno se pasaba del sector de los ‘paras’, por ejemplo, el del ELN le metía un tiro a uno. Se lo cuento porque eso me pasó a mí cuando hacía parte del comando de la policía —.

Sin embargo, en el lugar nunca hubo enfrentamientos a pesar de la presencia de dos bandos. Por su ubicación y tamaño, el municipio no era una zona estratégica para la confrontación, simplemente era un sitio de paso, un escondite. Aun así, los rastros de la guerra todavía se perciben y no se olvidan. Para Jair la marca indeleble está en su pierna, en la cicatriz que le dejó una bala cualquiera.

Después de 17 años de la constituyente tarseña, los campesinos han retornado poco a poco a las tierras que creyeron perdidas. Uno de los mayores alicientes para el retorno fue el proceso de paz con las AUC que se llevó a cabo durante el primer período presidencial de Álvaro Uribe Vélez (2002-2006), cuando los integrantes accedieron a

reintegrarse a la vida civil; la militarización de las carreteras, en las que aún quedaban esqueletos de chatarra por la quema de buses, devolvió la tranquilidad a los viajeros.

Jair afirma que los habitantes llegaron después de la primera década de la asamblea. — Otros se quedaron en Medellín porque allá tienen a sus familias pero dejaron sus tierras aquí y vienen de paseo —.

Y es que Tarso, un paraíso escondido de 119 km², no está lejos de Medellín, la capital de Antioquia. Cuenta con una ciudad hermana, Tarso en la provincia de Mersin, Turquía, árida, plana, incandescente. A principios del siglo XX al pueblo antioqueño y sus fronteras se les conocía como Asia Menor, aunque ninguno de los primeros pobladores y visitantes hubiera alcanzado tan lejanas fronteras.

Cultivar para renacer

Para llegar al pueblo hace falta un viaje de 10 horas desde Bogotá, que cubra los 518 kilómetros que lo separan de la capital del país, si es en carro, o 2 horas y un recorrido de 95 kilómetros desde Medellín.

En el camino sorprende encontrar la vía pavimentada en un 90 por ciento, mientras se adelantan tramos en paralelo de una nueva autopista 4D hacia el pacífico colombiano. La obra hace parte de las Autopistas de la Prosperidad, cuyas obras comenzaron a inicios de 2017.

Como un guía experimentado, el chofer encargado y que me transporta, sin saber el kilómetro exacto, en un punto de la carretera, una desviación sin ninguna señal es el camino hacia Quibdó, de acuerdo con sus indicaciones.

El hombre conoce cómo están perfectamente delimitados los pueblos del suroeste antioqueño aunque ante mis ojos, los cercados de las fincas, el ganado y los caballos parecen ser iguales. El lunes 2 de abril, la carretera estaba en excelentes condiciones, no quedaban charcos o pantano, los rastros de la invernada Semana Santa que acababa de terminar. El cielo no estaba soleado.

— Está fresco hoy señorita pero venimos de un tiempo de sequía. Usted no sabe pero cuando aquí hace calor es insoportable. Mucho bochorno, mucho sol y poco viento. Qué bueno que llueva porque hace días no llovía y eso daña la tierra —.

El conductor, que parecía hablar para sí mismo, mantuvo su mirada fija en el asfalto durante todo el trayecto hasta que encontró su estadero favorito para almorzar. Un sancocho para él, una cazuela de frijoles con arroz y chicharrón para mí.

Luego de una hora y media de tránsito, sobre la vía aparece una estructura de hierro pintada de amarillo. Es un puente que conecta a la carretera y atraviesa el portentoso río Cauca. Sobre él cruzan desde pequeños automóviles hasta tractomulas y volquetas que buscan llegar hasta la costa pacífica o los otros departamentos del Eje Cafetero. Desde la ventanilla se percibe el vibrante ritmo de su caudal y la inconfundible fragancia de los naranjos y limoneros que se siembran muy cerca de su orilla.

El pueblo, además de colindar con uno de los ríos más imponentes del país, está cerca al Nudo de Paramillo, lugar de nacimiento de la Cordillera de los Andes. Debe ser por eso que desde la carretera las montañas se ven perfectamente triangulares, verdeazules e inmensas. La ubicación privilegiada del pueblo sobre tres pisos térmicos posibilita que el 95 por ciento del empleo esté directamente relacionado con el cultivo y la producción agropecuaria.

Según datos de la Secretaría de Agricultura y Medio Ambiente del municipio, en Tarso cada año se producen 120.000 arrobas de café en 532 fincas cafeteras, 13.500 toneladas de cítricos en 450 hectáreas y en las que trabajan alrededor de 230 personas, 1.100 toneladas de plátano. Un gran porcentaje de lo cosechado sobrepasa la frontera continental y llega a países de la Unión Europea o Australia.



El Cerro Tusa, a la izquierda, se conoce como la pirámide natural. Ubicada en el municipio de Venecia, es visible de camino a Tarso. Crédito: Wikipedia.

A pesar de ser un reconocido productor de café, en los últimos años las exigencias del mercado internacional obligaron a modernizar los cultivos. Los productores cada vez buscan granos más aromatizados y suaves, muy apetecidos por las cafeterías orgánicas que siguen en auge en todo el mundo.

Por esta razón, entre otras, se buscan alternativas para aprovechar el máximo la fertilidad de sus campos y las temperaturas templadas, características de la

región, que permiten, además, la germinación de diferentes tipos de hortalizas y frutas de la mejor calidad.

El clima del pueblo y sus alrededores ronda los 22°. En los días de máximo calor, el bochorno y el sol incandescente permanecen desde el amanecer hasta el atardecer. La brisa y las nubes parecen huir y el aire es imposible de respirar, sobre todo para quienes trabajan entre los cultivos.

Cuando el carro avanza aún más dentro de las montañas, cada vez más lejos de la ciudad, otra disyuntiva se abre en medio del pavimento. El silencio se interrumpe cuando el conductor sonriente y entusiasmado, pregunta:

— Señorita, ¿si ve la antena? — y me sonrío con ese brillo en los ojos de quienes guardan un secreto importante.

— Ajá, le respondo sin mucha atención, concentrada en el paisaje de ese río que nunca había visto y de las naranjas diminutas que se veían cada tanto.

— Detrás de esa antena queda Tarso. Ya vamos a llegar, estamos yendo hacia el camino nuevo. Ahorita se va a dar cuenta de la carretera partida en dos: la pavimentada y la que no. Por el camino viejo uno se puede demorar hasta 1 hora más, todo depende de cómo esté la carretera.

Hacia la derecha, la carretera está asfaltada, más amplia y reduce el tiempo de llegada. Hacia la izquierda, se extiende una trocha que también lleva a Tarso, el camino viejo, diseñado para que las mulas bajaran los cargamentos de café en otro tiempo y que alarga la travesía en una hora o más, dependiendo de las condiciones en las que esté.

Y efectivamente, el chofer tenía razón. Un poco más adelante se ve una antena de celular, alta y titilante. Detrás de la estructura comienza a divisarse el campanario de la iglesia, algunas casas de tejas naranjas y caminos. Un hombre aparece arreando un par de terneros cebú y su joroba bamboleante por el trote, mientras el sacerdote, vestido con una sotana negra de antaño y que le da un aspecto de aparición, baja con cuidado una de las lomas que le da forma a la plaza principal.

‘Tarso remanso de paz’ es un eslogan desteñido que da la bienvenida pocos metros antes de entrar al casco urbano.

Al sur de la plaza, saliendo del centro hay kioscos y un pequeño parqueadero para motos, jeeps y caballos que tiene de frente al banco, un edificio municipal y un cajero verde de Servibanca, el único que hay. Al costado norte se erige la iglesia, un templo de paredes blancas con tejas rojizas, construido sobre una base de baldosas rojas, resbalosas por la cera.



La ganadería también es una de las actividades económicas más importantes en Tarso. Crédito: Susana Rico.

El centro de la plaza tiene un borroso mapa del pueblo, una fuente sin agua y a medio caer, bancas de madera y diferentes árboles. Todo el lugar está rodeado por cafeterías, estaderos y bares que inundan de música carrilera las cuatro esquinas principales. Con el pasar del día, sobre las mesas de esos establecimientos y las bancas del parque,

aparecen botellas vacías de Aguardiente Antioqueño o cerveza Pilsen, la preferida en Antioquia y otros departamentos cercanos. Las personas transitan a pie, sonrientes y sin el afán que suelen tener los ciudadanos.



El transporte de frutas y verduras es la constante de las mañanas en el municipio. Crédito: Susana Rico.

Los hombres cubren sus cabezas con sombreros y visten de jeans, botas y camisetas de colores. Algunos cargan costales sucios sobre sus hombros, otros están listos para caminar por las veredas en cualquier momento. Por su parte, las mujeres, la mayoría trigueñas, de cabello negro, lacio y brillante, también sonríen. Lo hacen mientras barren dentro de sus casas, atienden las tiendas del pueblo o se sientan sobre los andenes a charlar con las vecinas sobre las novelas, las noticias sobre la capital a la par que preparan sus almuerzos.

Las carcajadas y las bromas dan cuenta de un pueblo matriarcal pero machista. Entre chiste y chiste se reafirma la posición del hombre, quien es el encargado de las labores del campo mientras que las mujeres y esposas son responsables de las labores del hogar, del cuidado de los niños. De ninguna manera puede un hombre preparar un tinto, no les corresponde.

Hoy, en el lugar viven más de 7.000 personas, aunque se cree que con próximo censo las cifras aumentarán hasta los 8.000 habitantes. De ellos, 3.500 aproximadamente son mujeres y 3.200, hombres. La mayoría se encuentra en un rango entre 15 - 49 años.

El olor de Tarso, sin embargo, no es igual en todos sus espacios. En las partes más altas, el olor a café impregna todos los rincones. En cambio, en los límites con el río Cauca, el olor a cítricos inunda la ribera y viaja con la brisa hasta las casas más cercanas. La tonalidad de los paisajes varía entre las veredas pasando por verdes y marrones oscuros hasta anaranjados intensos, verdes claros y amarillos. Los colores que se pierden en las ciudades, aquí son reconocibles desde cualquier ventana o balcón, recreando increíbles vistas panorámicas en las que de vez en cuando aparecen halcones.

No hay indicios de terror, ni siquiera de peleas vecinales. El pueblo es un lugar armónico que disfruta de la tranquilidad y el paso de los días sin afanes. La confianza está, aparentemente, restaurada.

En el marco de la plaza, en medio de casas pequeñas y fachadas coloridas, se aprecia un edificio gris, de tres pisos y un largo balcón que da hacia el centro de la plaza. Se trata de la Casa de la Soberanía y Seguridad Alimentaria, un espacio distribuido entre oficinas, bodegas y una cocina de proporciones industriales, sede de los talleres de cocina para niños y jóvenes que se imparten desde hace un año.

Las bodegas están debidamente clasificadas. La primera es el centro de acopio de los alimentos destinados a programas de seguridad alimentaria como el Programa de Alimentación Escolar (PAE) o Bienestarina (ICBF). La segunda agrupa granos, alimentos secos y aceites. La tercera es una bodega en frío y la cuarta es la bodega que agrupa toda la fruta en cosecha. Es en esta amplia habitación hay canastas rebosantes de naranjas y bananos, frutas que se producen en la región pero que sus habitantes poco o nada consumen.

A este lugar llegan, casi a diario, donaciones de los agricultores del pueblo. Las frutas y verduras se revisan y se separan con cuidado, bien saben los encargados que una fruta podrida daña a las demás en cuestión de horas.



Detrás del balcón están las cocinas industriales y varios comedores. Crédito: Casa de la soberanía, la seguridad alimentaria y nutricional de Tarso (Ant.)

Además, de sus ventanas cuelgan macetas en las que están sembradas hierbas aromáticas, pimentones, zanahorias y pepinos.

No son vasijas elaboradas. Varias son recipientes plásticos que en sus mejores tiempos fueron botellas de gaseosa. Cuando hay verduras creciendo dentro de ellas, parecen doblarse y las cuerdas que las sostienen se notan tensas, como si se fueran a romper en cualquier momento: son las huertas aéreas, una iniciativa de la actual administración para promover formas alternativas de cultivo y mejorar la calidad nutricional de la población.

Son unos sembrados alternativos que surgieron en 2001, el mismo año de la Asamblea Municipal Constituyente. En ese entonces fueron incluidos dentro del plan de desarrollo municipal, clasificando a las huertas en individuales, familiares y escolares. Los vergeles están ahí para contrarrestar la desnutrición infantil y juvenil, buscar nuevas alternativas económicas y la sensibilización agroecológica — es decir, que la comunidad aprenda otras formas de cultivo para producir desde su casa—.

Tal ha sido la acogida y la participación, que a la iniciativa se sumaron la Fundación Salva Terra (2011), la Organización LAZ -BMZ del Ministerio Alemán de Cooperación (primera etapa 2016 -2018), esta última enfocada también a la producción cafetera. Desde 2015, la Corporación Futuro para la niñez acompaña 5 de las veredas de Tarso y 3 sectores del casco urbano para evaluar los huertos, entre otros proyectos. Como resultado, en el pueblo existen entre 100 y 120 sembrados de este tipo que van en aumento.

Para el equipo de la casa nutricional, este proyecto es como un salón de clase para niños, jóvenes y adultos. Su idea es motivar a los tarseños para que se vinculen con el campo y recuperen su sentido de pertenencia. Por ejemplo, cada 15 o 20 días se realizan los mercados campesinos, una oportunidad para que los cultivadores vendan sus productos sin intermediarios o los intercambien en pequeños trueques.

En cada mercado campesino, de acuerdo con un informe de 2017, se generó un promedio de 5 millones de pesos en ventas para cada productor y 146 millones de pesos de ganancias totales en 29 mercados documentados. Hasta marzo de 2018 se tenía un conteo de 35 de estas ferias campesinas.



Fotografía del mercado campesino realizado el 14 de abril. Cortesía: Alcaldía de Tarso.

El Banco Agrario de Colombia, en vista del entusiasmo, se motivó para crear una nueva modalidad de crédito y con ayuda del gobierno municipal creó el Fondo complementario de garantías agropecuarias. En este programa, el interesado entrega un valor económico que se aumenta entre 200 y 400 veces para invertir en nuevos cultivos o mejorar las condiciones de sus sembrados habituales.

Para que los campesinos accedan al beneficio, al igual que en otros sectores rurales de Colombia, el banco estableció requisitos que no serían viables en las capitales del país. A raíz de la falta de titularidad de los predios y hoja de vida crediticia, los interesados presentan una carta firmada por el presidente de la Junta de Acción Comunal, una carta de respaldo del alcalde y un proyecto que especifique el cultivo que se quiera sembrar. Hasta abril de este año eran 35 los cultivadores beneficiados.

Por otro lado, con el fin de integrar las huertas a la vida cotidiana, se creó el semillero de cocina, una serie de talleres culinarios, dos días a la semana, para que los jóvenes conozcan y preparen recetas con los ingredientes que producen en casa. Irónicamente, a pesar de la abundancia de alimentos, muchos no prueban los cítricos, ni otras frutas de cosecha.

El martes 4 de abril, desde el balcón de la Casa de la Soberanía, se veía un grupo de niños correr hacia el edificio. En sus manos traían, arrugados, los delantales que les sirven de uniforme. Antes de subir se visten y revisan minuciosamente botón por botón. Algunos descubren nuevas manchas o agujeros a los que no les prestan mucha atención.

En el tercer piso los espera Yeison Oquendo, el único instructor. Como en un ritual, cada participante va de inmediato a los lavamanos. Con mucho cuidado limpian cada dedo, las palmas. Enjuagan. Los más rápidos ya están pelando naranjas y alistando los demás ingredientes de la receta que aprenderán ese día. Cuando todos están listos, se paran frente al único tablero que hay, leen los procedimientos escritos con marcador rojo, casi sin tinta hasta que Yeison da instrucciones más precisas para preparar un postre de naranja del tiempo de las abuelas.

En ese momento, mientras varios hacen caras de entusiasmo y otros de decepción, el instructor parece sostenido por un bulto de redondas frutas, pálidas y grises que salen de una red rota. Naranjas que los campesinos no logran vender y que se pudren en la espera. Las de ese día fueron rescatadas de la bodega.

Mientras los niños están concentrados en las estufas y las cucharas de palo, la dueña de una panadería que también vende almuerzos y refrigerios, como otros habitantes, justifican su modo de alimentación en sus raíces. — Es que estamos en Antioquia. Aquí vivimos de arepa, frijoles y café —.

Cada mañana en su mostrador hay pandequesos, buñuelos, empanadas. Para acompañar, vende chocolate, café con leche o tinto. En las tardes, el menú varía entre carne molida, desmechada, sudada acompañada por arroz, ensalada, huevo frito o plátano maduro. Como refresco ofrece siempre limonada, jugo de mora o lulo y el popular claro antioqueño, una bebida ancestral de la región cafetera de Colombia, derivada de la mazamorra paisa.

No vende jugo de naranja. Tan diferente a Bogotá, en la que cada día abundan los vendedores ambulantes ofreciéndolo recién exprimido. Y muchos de ellos, que consiguen sus frutas en las grandes plazas de Corabastos (para el caso de la capital), creen que el origen de sus productos está en Boyacá o Santander. Pocos saben que Antioquia es uno de los lugares con mayor producción de cítricos del país y que busca entrar al mercado como el principal proveedor.

El Ministerio de Agricultura, en un informe presentado en 2017, estimó la producción de aproximadamente 130.000 toneladas de naranjas, mandarinas y limones en ese departamento. El último censo agropecuario del DANE en 2014 ubicó a Antioquia como

el tercer productor de cítricos con una producción anual de 11,6% de millones de toneladas.

Desde la cocina industrial de Tarso, el taller del día da sus frutos. A las mesas comienza a llegar un olor exquisito a naranja, canela y azúcar. Poco a poco, cada niño sirve su porción en platos desechables, un dulce humeante, brillante y redondo como las yemas de un huevo. Conseguir la receta ancestral fue idea de Yeison, quién consultó a muchas abuelas del pueblo hasta que una accedió a contarle su secreto culinario.

Los participantes degustan con ganas sus platos. Grandes sonrisas aparecen en los rostros de los más incrédulos, los que se resistían a probar la fruta. Como el postre fue un éxito es seguro que lo replicarán en sus casas. Para muchos niños y jóvenes campesinos, el semillero de cocina les da nuevas herramientas para colaborar a sus padres. La mayoría se sienten orgullosos de preparar el café y las arepas cada mañana, aunque deban levantarse más temprano y dejar todo listo antes de salir a sus escuelas.



Yeison Oquendo y algunos de los participantes del semillero de cocina después de una de sus clases. Crédito: Yeison Oquendo.

Ellos no saben que su tierra nutre al país, ni se imaginan que su café lo degustan lejos de las montañas que los guardan. Tampoco perciben que este espacio de

aprendizaje, al igual que los otros semilleros creados, es una táctica para alejarlos de la drogadicción y la parentalidad adolescente, dos problemáticas sociales heredadas del conflicto que los habitantes no consiguen superar. Aunque en el municipio hay un centro de tratamiento para drogadictos, no cuentan con los recursos suficientes para que los afectados superen la adicción.

A pesar de la alegría de sus habitantes y de la certeza de habitar en un rincón apacible, porque sus calles no están custodiadas por el Ejército Nacional, ni se presiente el vuelo de los fusiles o el rostro cubierto de los guerrilleros, los tarseños de nuevo están en riesgo.

Según un informe realizado por Coordinación Colombia Europa Estados Unidos (CCEEU), la Fundación Sumapaz y la Corporación Jurídica Libertad en 2017, 121 municipios de Antioquia que equivalen al 96% registraron la reaparición de grupos paramilitares luego de las desmovilizaciones. Uno de los mapas evidencia la presencia del Clan del Golfo y La Oficina en el suroeste antioqueño y, aunque Tarso no está de forma explícita, el estudio revela que es uno de los municipios con presencia actual de un único grupo paramilitar.

A ellos se debe el tráfico de drogas y la participación activa de los adolescentes y jóvenes en ese negocio. El grupo se divide entre los que buscan ganar dinero y los que quieren pasar un buen rato, de vez en vez hasta que se enganchan. El peligro está en las muertes que las drogas siguen cobrando y en los territorios que todavía domina, factores de los que sus habitantes no están del todo conscientes.

Al salir del pueblo, las sonrisas y los adioses surcan el camino. Atrás quedan los tejados, los barrios construidos sobre laderas, las casas desiguales y el campanario que se oculta detrás de una inmensa antena de celular. Los perros callejeros duermen siestas entre andenes, tiendas y vías principales. A veces se escucha el canto de las cigarras y los grillos escondidos en los terrenos que bordean la carretera. La cordillera parece menos empinada, solitaria y selvática pero más transitable y reconocible por las huellas de los caballos, el rastro de las motos y los jeeps. Todavía es temprano y el olor a buñuelo y tinto que inunda el lugar, se aleja con la brisa fresca que huele a lluvia.

Los niños y jóvenes de Tarso nacieron durante o después de la Constituyente que cambió la vida de sus familias, cuando el municipio tambaleaba entre el renacimiento y el miedo. La mayoría desea permanecer en el campo, lejos del ruido y del afán que siempre llevan consigo los ciudadanos. Al contrario, prefieren seguir caminando entre los senderos montañosos, el olor a tierra húmeda y la variedad de mariposas que colorea la cordillera.

Ninguno está interesado en empuñar armas. Al menos, no todavía. Quiénes se atreven a formar una pistola con sus manos, no sonríen. Ellos son las primeras generaciones que no conocen el ruido de las bombas, los disparos o las minas antipersonales. Todos saben que habitan el paraíso, el remanso en el que fueron afortunados de ser arrojados al mundo, miles de días y horas antes que Colombia se acercara, como nunca, a la paz que, en el inconsciente nacional todavía es una quimera.